

Reeducación

JOSÉ MANUEL CASADO, socio de Talent&Organization Performance

Creo en la competitividad de las naciones, las empresas y los individuos como principal forma de mejorar en lo que cada día hacemos. A pesar de que aún nos queda mucho trecho por recorrer, la competitividad ha sido la que nos ha ayudado a llegar al nivel de desarrollo en el que estamos y la que nos ha impulsado a conseguir las conquistas sociales de las que hoy disfrutamos.

Estoy convencido de que el elemento fundamental de esta competitividad se llama educación; esa suerte de función social encargada de transmitir conocimientos, conformar destrezas y cultivar nuestro carácter; por eso estoy persuadido de que ahora, que

tanto nos gusta hablar de responsabilidad empresarial, colaborar con la mejora del sistema educativo, debería ser una de las prioridades sociales de la empresa.

En los últimos años me ha considerado muy crítico con la forma en que algunos países, entre los que me preocupa, por supuesto y especialmente el nuestro, gestionan su educación están siendo demasiado conservadores en lo que me parece casi una conspiración para perder la competitividad; porque el sistema educativos, junto a las normas y procedimientos de compensación y promoción de las empresas, arrancan de cuajo cualquier vestigio

de creatividad que, primero alumno y después trabajador, podamos tener.

Nos encontramos en un momento en el que estamos reinventando absolutamente todo –ahora gracias a Gordon Brown, Sarkozy, Bush y otros, hasta reinventamos el capitalismo a la vez que amputamos la mano invisible del (afamado y alabado hasta ayer mismo) economista y filósofo escocés Adan Smith que, dicho sea de paso, nos ha guiado por los mercados durante más dos siglos y medio– pero dejamos intacto el gestor de nuestros comportamientos; es decir, la educación.

LA OBSOLESCENCIA DE LA EDUCACIÓN

Es preocupante que el sistema educativo, que fue diseñado para la era industrial, para una época Fordista en la que los empleados tenían que conocer su sitio y necesitaban una formación uniforme y en que se instruía a la gente para memorizar y repetir, siga siendo el imperante en nuestros días a pesar de que anule la iniciativa individual y condene la creatividad de la persona. Por un lado las empresas decimos que necesitamos creatividad y que tenemos que innovar, pero a la hora de la verdad, educamos a nuestros hijos para todo lo contrario. Me atrevería a decir, por ello, que el sistema educativo, en general, lo que crea es más de lo mismo: gente y gestores con gran capacidad de análisis que repiten, conservan y mantienen lo que existe y poca gente dispuesta a modificar el statu quo.

Las escuelas fueron diseñadas por Horace Mann, E.I. Thorndike y otros, para ser un mecanismo de control y reproducción de la gestión científica



tayloriana de una población masiva. El objetivo de las escuelas era clonar a la gente: reproducir individuos cuyo comportamiento fuera predecible y fácil de controlar. Lamentablemente sigue siendo lo mismo: memoria y repetición de la irrelevancia; digo de la irrelevancia, porque la mayoría de lo que se enseña sirve para poco más que para ser un buen jugador de trivial.

¿Quiere que le dé más razones para reinventar el sistema? ¿Sí? Ahí van: está demostrado que el éxito escolar, el tener buenas notas, no garantiza el éxito profesional. Thomas Stanley, un estudioso de las personalidades que han conseguido un éxito económico, sostiene que “las evaluaciones de la vida escolar son malas para predecir el éxito económico” y que “lo que predice este tipo de éxito es la capacidad para asumir riesgos, y –además– los estándares de éxito-fracaso de las mayoría de las escuelas penalizan a quienes asumen riesgos”. Quizá por

ello, por qué no decirlo, haya tanto emprendedor en el mundo que ha triunfado en los negocios tras abandonar la escuela y el colegio a las primeras de cambio.

Pero lo peor de todo es el declive de los estándares educativos; la mayoría de las escuelas, colegios y universidades no logran adaptarse al ritmo y la complejidad de los cambios y otras no son capaces de producir el número de graduados que necesitamos. En Estados Unidos las universidades otorgarán título sólo a 200.000 estudiantes que tendrán que ocupar los puestos de 2 millones de *baby bommers* que se están jubilando ya. Pero no nos vayamos tan lejos y detengámonos en nuestro país en el que nos enfrentamos, al igual que otros países de nuestro entorno –lo que hará más difícil la captación– a un grave problema de mano de obra calificada: los jóvenes preparados en edad de acceder al mercado laboral han pasado de 664.000 en 1991 a 369.000

en 2007, por lo que en los próximos años, será necesario incorporar una gran cantidad de extranjeros cualificados al mercado para poder garantizar el crecimiento de la economía. Pero no sólo eso, el sistema genera muchos menos titulados en carreras experimentales que en humanidades cuando lo que se necesita es todo lo contrario.

En definitiva, son muchos los cambios que se están produciendo y muchas las revisiones y reinventiones que estamos haciendo para adaptarnos a las nuevas situaciones que estamos viviendo en nuestros días. Sin embargo, el conformador de nuestro ADN; es decir, nuestro sistema escolar y educativo sigue sustentándose sobre principios obsoletos y trasnochados, por todo ello, y por que estoy convencido de que la lucha entre naciones será una lucha entre sistemas educativos: una de dos, o reinventamos la educación o reinventamos el trabajo y la sociedad y nos reeducamos. ▲